



Una escena de *La juive* en el teatro Mijailovsky de San Petersburgo

AFP

**ESPECTÁCULOS**

# La ópera, arte colosal y negocio ruinoso

La mitad de los presupuestos de las realizaciones sale de la administración pública y es a fondo perdido

**Natxo Oñatibia**

La mayor parte de la sociedad sabe que la ópera existe, sabe que de vez en cuando en determinadas ciudades se realiza alguna representación, aunque probablemente jamás haya ido a ver una. De hecho, muchos tienen todavía en su mente el concepto estereotipado que presenta el mundo de la ópera como un universo minoritario y elitista, un refugio reducido y endogámico donde sólo tienen cabida los entendidos incondicionales y las grandes fortunas. Guste o no a los amantes del género, la percepción generalizada es esta.

Lo que la mayor parte de la sociedad no sabe seguramente es que la ópera es el arte cuyas representaciones requieren, con diferencia, los presupuestos más elevados, mucho más que cualquier obra de teatro o concierto de rock y más que algunas de las producciones cinematográficas.

Lo que tampoco sabe es que más de la mitad de esos presupuestos faraónicos, de esas enormes cantidades de dinero necesario para poder realizar los diferentes montajes operísticos,

cos, sale de la administración pública y es a fondo perdido. La otra mitad, aproximadamente, proviene de las aportaciones privadas que realizan empresas y entidades con el objetivo de asegurarse los palcos en los teatros, y el resto, la cantidad más pequeña, se consigue a través de la recaudación en taquilla. En definitiva, lo que la mayor parte de la sociedad no sabe es que la ópera, ese arte que sólo disfrutaban unos pocos, la pagamos todos.

Pero de esto no tienen culpa alguna ni los aficionados ni los gestores de la ópera. Ellos piden, justifican el gasto argumentando el peso cultural y el prestigio que la ópera otorga a la ciudad que la acoge, y necesitan luchar por mantener las subvenciones para conservar este arte.

En realidad, quien debería ser objeto de la discusión colectiva es la Administración, cuya ayuda a la ópera supera cada año el centenar de millones de euros del dinero público y, a su vez, es incapaz de hacer un esfuerzo por divulgar este género artístico entre la población. O lo que es lo mismo, una persona que a priori no tenga ningún interés en la ópera, al menos, ya que la paga, debería como mínimo tener más oportunidades de conocerla, y luego ya de-

cidirá si le encanta o le parece un tostón.

**DEBATE EN ESADE**

En medio de este panorama, el pasado tres de marzo, el Club Industrias Culturales Esade Alumni realizó una mesa redonda en la que se debatió si la ópera es un arte o un negocio. Los ponentes fueron el tenor Jaume Aragall, el director artístico del Liceu, Joan Matabosch, el crítico musical de *La Vanguardia* Roger Alier y el fundador de la asociación Amics de l'Òpera de Sabadell Antoni Quintana. Todos ellos coincidieron en que la ópera es un arte de artes, musical e interpretativo, y que sirve para que algunos artistas se ganen muy bien la vida, pero también reconocieron que para un empresario no es en absoluto un negocio, o si lo es, resulta del todo ruinoso. Los cuatro afirmaron también que, en la actualidad, la ópera sin las subvenciones de la Administración tendría muy complicada su supervivencia.

Hace ya varias décadas que montar representaciones de ópera dejó de ser rentable, lo que provocó la progresiva desaparición del empresario y su sustitución por la figura del gestor. Los motivos que han llevado a esta situa-

ción los encontramos en el encarecimiento de las producciones como consecuencia, según Roger Alier "del desplazamiento que ha tenido la ópera hacia cosas que encarecen enormemente el espectáculo. Cada vez más, intervienen en él personas que no son artistas, que sólo ven la oportunidad de hacer una carrera profesional". Alier se refiere en concreto a los agentes de los cantantes y a los directores de escena. Los primeros, los intermediarios, provocan que el caché de los divos y las divas ascienda extraordinariamente, ya que en ese precio va incluida su comisión. Los segundos, los creativos de la escenografía, tenían en el pasado un papel de relativa importancia dentro del montaje pero ni por asomo la consideración de grandes estrellas que tienen ahora, lo que les anima a pedir retribuciones desorbitadas.

También se ha de tener en cuenta que la figura del director de orquesta ha cobrado una importancia descomunal en las últimas décadas, sobre todo desde

**Al faltar rentabilidad, desaparece el empresario y se sustituye por la figura del gestor**

Herbert von Karajan. Este hecho ha provocado que tanto las batutas como las grandes voces rivalicen en popularidad y condición de reclamo para atraer al gran público. La consecuencia más inmediata del progresivo divismo de los directores de orquesta ha sido el aumento de su caché.

Tanto unos como otros, consagrados o advenedizos, con mayor o menor justificación artística, han contribuido sobremanera al aumento de los costes, pero la

ópera, ya de por sí, es un espectáculo tremendamente caro de mantener. El Gran Teatre del Liceu, por ejemplo, ha contado para la presente temporada con un presupuesto de más de 58 millones de euros, más que la Biblioteca Nacional y el Guggenheim y sólo superado por el Museo Reina Sofía. Y es que el público quiere ver a los mejores cantantes, directores de orquesta y directores de escena, y eso cuesta dinero.

Por otra parte, no hay que olvidar que un teatro que se dedica a las representaciones de ópera ha de contar con una orquesta y un coro de elite, además de un enorme cuerpo técnico formado por tramoyistas, iluminadores, encargados de maquillaje, vestuario o peluquería, entre muchos otros componentes. La manutención de esta poblada plantilla fija supone uno de los mayores gastos que debe asumir la gestión de un teatro de la ópera.

En cualquier caso, para intentar abaratar costes, aquí algunos teatros coproducen o alquilan las producciones y externalizan las escenografías, algo por lo demás también habitual en la mayor parte de los teatros europeos como Viena, París o Londres.

A pesar de la difícil situación económica por la que estamos atravesando y la necesidad de enormes partidas presupuestarias por parte del mundo operístico, Joan Matabosch, director artístico del Liceu, asegura que el sector goza de una gran salud, pero que se observan luces rojas en el horizonte. En palabras de Matabosch "no se puede hablar de negocio cuando la ópera es un arte que necesita más de la mitad de su presupuesto en subvenciones públicas. No se puede hablar de negocio, pero sí de gestión. Un teatro responsable ha de apostar por la ópera como arte y no sólo como entretenimiento". Eso sí, el arte más caro del mundo.